

---

# PUDO SER

Yuri de Gortari



Eunice sentía la noche tranquila, vagaba por toda su casa acompañada de sombras mezcladas con la suya. Se detuvo ante la delgada y alta puerta antigua de dos hojas que la enfrentaban con la arboleda de su jardín. Mantuvo la mirada allá, muy allá. Dio unos pasos lentos detenida por aquella puerta envejecida, ahora pisaba esas losas tantas veces lavadas y barridas que le dejaban sentir su textura áspera y porosa en sus pies desnudos y medio tiesos de años y de frío. Pasaba bajo grandes ramajes de árboles que se acariciaban lentos y persistentes, árboles que nunca vio pequeños, ya que nunca tuvo la alegría de estrenar ningún objeto de su casa, aquellos muebles de los que siempre oyó hablar de cuando habían sido traídos, en medio de todo un pueblo maravillado. Ahora ella era la dueña de todo eso que nunca quiso obtener y que ya era suyo. Poseía un gran bosque de árboles que ya se habían cansado de florecer y dar frutos, como su familia se había ya cansado en ella.

Dejó tras de sí su bosque lleno de senilidad, ese fresco con su serenidad no le permitió rodearse de más pasado. No necesitaba de quinqués ni lámparas para caminar en su oscuridad, los muebles estaban en el mismo sitio desde que tenía uso de razón.

Se tendió en su cama rodeada por aquellos pabellones sostenidos hace tan largo tiempo. Esperaba, esperaba a que un mundo desconocido y de afuera empezara su nuevo ahora, para salir a hacer las escasas compras que necesitaba para comer. Afuera tras la gran ventana de cortinas con encajes que fueron franceses había un viento que casi tenía que adivinar. Su silencio se cortó con un ruido que venía de allá fuera de su cuarto. Lentamente, al confirmarse aquel leve ruido, se incorporó retirando una quieta sábana que le cubría medio cuerpo y recorrió el anciano pabellón para continuar la espera.